

## LA UNIVERSIDAD DE CHILE Y SU ESTADO

## THE UNIVERSITY OF CHILE AND ITS STATE

*Señor Editor:* La discusión acerca de un nuevo orden para la educación superior en Chile parece aceptar que la actual situación en materia de establecimientos universitarios configura una realidad que hace imposible una "vuelta al pasado". Específicamente, esto se traduce en que la Universidad de Chile debe entenderse como una más entre muchas que compiten por captar los mejores alumnos y académicos y mayores recursos presupuestarios. Solicitar una atención preferente del Estado sería una expresión de pereza o carencia de espíritu competitivo, como un mal deportista que buscara ventajas. Deseo aquí defender la posición opuesta: la Universidad de Chile tiene una misión diferente y es responsabilidad del Estado garantizar su permanencia.

Pienso que no se puede hablar de educación superior en Chile sin mencionar directamente qué se pretende que ocurra con la Universidad de Chile, responsable de más de la mitad de la investigación científica, de más de las tres cuartas partes de la docencia de postgrado, y de una relevancia aún mayor en la vida artística y cultural del país (sería como abrir debate sobre política cuprífera con la condición de que no se hable de Codelco). Por otra parte, no me preocupa demasiado el que reivindicar el rol tradicional de la Universidad de Chile se identifique con una vuelta al pasado que, desde una perspectiva política, nadie hoy querría defender. Desde una perspectiva médica, las vueltas al pasado suelen ser deseables, como es lo que, en un cierto sentido, ocurre cuando los enfermos sanan.

En el actual debate proliferan cifras y porcentajes sobre educación superior como si ellos fueran un sustrato de donde espontáneamente emergen conclusiones científicas. Esto me recuerda una broma, de inspiración psicoanalítica, que afirma que la Sociología es una ciencia con envidia numérica. Tampoco Newton llegó a los principios de la mecánica contando las manzanas que caían de los

árboles. Estoy de acuerdo en que los proyectos sociales que los políticos proponen e impulsan no pueden sino basarse en la realidad concreta del presente y en una proyección realista de la dinámica esperable (quién de mi generación no lo sabrá). Pero un proyecto social sólo se fundamenta en la instancia ética, en la medida que promueve un conjunto de valores sociales. Por ejemplo, la creación del Servicio Nacional de Salud, no fue el producto de contar y clasificar hospitales, policlínicos, camas y quirófanos, sino que, primordialmente, lo fue de una concepción de atención médica (y quizás también de derechos humanos y de dignidad de las personas) que resultaba consensualmente la más deseable para el país, dentro de las que eran factibles de alcanzar.

Análogamente, la Universidad de Chile no es sólo una universidad que hoy día cuenta con buenos académicos, buenos alumnos, malos sueldos y altos aranceles, cada lote constituyendo un determinado porcentaje o rango de percentil dentro de su respectivo rubro. Es, por sobre todo, la expresión de una concepción de universidad estatal que perduró.

Más de algún estrategia debe todavía preguntarse cómo fue que la Universidad de Chile retuvo a académicos de valor a pesar de los presupuestos que le asignaban. Cómo logró liberarse de su penúltimo rector delegado, alcanzando tal fuerza su cuerpo académico que obligaría después a recurrir, para debilitarlo, a invenciones tan diabólicas como la política salarial implementada en los últimos dos años de intervención.

Si la Universidad no fue destruida es porque su concepción ética es resonante con los valores de muchos individuos que le permanecieron leales. Hace un par de años, un profesor de nuestra Facultad de Medicina, al aceptar el premio Juvenal Hernández, nos decía que él sentía que su vida estaba indisolublemente ligada a la Universidad de Chile. En distintos niveles de desarrollo y aportes,

muchos diríamos algo parecido, algo que se puede decir sólo de instituciones que, en su historia y sentido, nos trascienden.

Para el pragmatismo en boga, éstas podrían no pasar de ser elucubraciones abstractas.

Permítaseme entonces exponer un ejemplo concreto. La Biblioteca de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile debió sufrir la más drástica restricción presupuestaria. Sin embargo, fue capaz de implementar un servicio de búsqueda bibliográfica computarizada de la literatura médica mundial y ofrecerlo, casi sin costo, a toda la comunidad biomédica nacional (de hecho, llegan consultas de todo Chile). Hay en este ejemplo dos elementos que la Universidad siempre mantuvo: vocación de vanguardia en el desarrollo científico y tecnológico y sentido de responsabilidad para el conjunto del país. Este último, de algún modo, fue siempre percibido por nosotros como el elemento que nos caracterizaba.

Rechazo entonces el que se descalifique la reivindicación del rol tradicional de la Universidad de Chile como una indulgencia en un romanticismo nostálgico. Por el contrario, el desmantelarla esperando que espontáneamente el mercado vaya a crear universidades que reemplacen su quehacer en investigación científica, en formación de profesionales y especialistas, en acervo de la cultura nacional, me parece que ni siquiera es romántico: es lisa y llanamente llevar la arrogancia ideológica al grado de irresponsabilidad histórica.

Se nos dice que podemos seguir siendo una excelente universidad, quizás la mejor en muchas áreas, aunque razonablemente no en todas. Eso no es lo mismo que ser la Universidad de Chile. Para lo otro, sería más honesto con la historia cambiar de nombre, quizás constituirnos en la Universidad Andrés Bello en honor de nuestro fundador (creo que ya existe una con ese nombre; en tal caso, Universidad Andrés Bello "B", porque a esta altura los nombres para universidad comienzan a agotarse).

Si la Universidad de Chile se define por su interacción con el Estado chileno, otras pueden enorgu-

llecerse de sus propios elementos definitorios. La Pontificia Universidad Católica de Chile ha de asumir su responsabilidad ante una de las corrientes espirituales más importantes de la humanidad, cuyo acervo intelectual es de riqueza única. La Universidad de Concepción se identifica con una región poseedora de una historia propia desde los orígenes de Chile, además de haber nacido en un momento en que universalmente se percibía la necesidad de integrar las ciencias y las humanidades, lo que se refleja en la arquitectura misma de esa Universidad. Por muy laxamente que se utilicen las metáforas, me resisto a comparar esas instituciones con carretones cargados de hortalizas que concurren a la plaza de un pueblo donde se determinan los precios de nabos y lechugas.

Nuestro pobre país puede terminar hipnotizado y alelado ante los fantásticos travestismos ideológicos que esta era —llamada de fin de las ideologías— puede llegar a ofrecer. Por qué no pues, que alguien, en nombre del liberalismo, defienda un régimen autoritario desestimando como meras formalidades al sufragio libre e individual (qué lástima para él no poder citar a Lenin y su reivindicación del concepto de dictadura cuando es una etapa transitoria históricamente inevitable). Con un poco de entusiasmo podría llegar a justificar la intervención gubernamental de las universidades. Por qué no pues, que alguien, en nombre del socialismo, se muestre escéptico ante la capacidad del Estado de interpretar el interés colectivo y prefiera confiar en el libre juego de grupos e individuos en el mercado (qué lástima para él no poder citar a Adam Smith y su mano invisible que nos conduce al bien común). Con otro poco de entusiasmo podrían no sentir pena ante la disolución del concepto de universidad estatal.

Pienso que lo menos que quienes permanecemos en las universidades chilenas tenemos derecho a solicitar en esta hora, es un mínimo de rigor teórico, un mínimo de vuelo intelectual, un mínimo de compromiso ético, para tratar la cuestión del rol del Estado en la Educación Superior en Chile.

*Dr. Ennio A Vivaldi V  
Depto de Fisiología,  
Facultad de Medicina,  
Universidad de Chile.  
Santiago de Chile*